



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 1 DE SEPTIEMBRE DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Huellas de gritos y tempestades

UN GOLPECITO EN LA PUERTA
OLGA DE LEÓN



cotidiana.

Si bien podía hablar de temas serios y de su especialidad, esos se los reservaba para el foro o la cátedra. ¿Desde cuándo no la invitaban a dar una plática o dictar una conferencia? Mucho, mucho tiempo. Un año, menos... ¡Por qué no podía precisar el tiempo!, era como si se le hubiese borrado la memoria... Pero, no. Sabía muy bien en qué año vivía, cuántos años tenía... ¡demasiados ya!

Entonces entendió que estaba dentro de un sueño, que no era el de ella. Si se había dormido, pero su sueño no le pertenecía... O, ¿acaso no era ella la misma persona que se recostó en la cama, rodeada de almohadas y cojines bajo su brazo derecho?

Soñaba que estaba en medio de un tornado o huracán, categoría 4. Las olas del mar se elevaban por encima de las casas más cercanas, los autos eran levantados en medio de una polvareda negruzca y el agua marina dominaba las calles y avenidas... Curiosamente, su cama estaba intacta, flotaba sin mojarse ni humedecerse siquiera. Tampoco ella estaba mojada ni golpeada por los objetos que pasaron encima de su cama.

Repentinamente, sintió como si cayera del techo de la casa y volviera a quedar recostada en su cama... Entonces, antes qué había sucedido... ¿La cama voló sola, sin ella encima? ¿Qué estaba pasando?

Un golpecito en la puerta de la recámara, la despertó. No podía incorporarse, se lo impedía un dolor exagerado en todo su brazo, muñeca, mano, cuello, hombro y paleta del lado derecho. Trató de girar un poco el cuerpo, tampoco pudo... En eso, la voz de su hija la tranquilizó: no te levantes madrecita... He venido solo a verte y saber, ¿cómo sigues?

-Bien, de no ser por estos dolores insostenibles que ya llevé hasta mi sueño.

-¿Cómo crees!, ¿por qué?

-Experimentos literario-creativos que se me ocurren. Pensé: a ver si así se van de mi cuerpo y se quedan en el de la per-

sonaje onírica, -dijo sonriendo con ironía. -Pero no resultó. Ya ves tú que no pude moverme ni levantarme: -volví a sonreír, ahora con una mueca de dolor que trató de ocultar.

-Bueno, no te estreses, trata de volverte a dormir. Por aquí estaré. ¿Quieres que te prepare un té?

-No, gracias, ya tomé demasiados y además hubo mucha agua en mi sueño... Aunque no estoy segura de haber soñado... pues yo no logré dormirme por los dolores.

La hija, a punto de salir de la recámara, le dice: -¿te apago el radio? Y la madre contesta: -¿Cómo, está encendido? -Sí, muy bajito, están dando la noticia de la ruta del huracán número 4; baja su mirada y observa que el tapete junto a las pantuflas de su madre, estas y los holanes del cubrecama, están mojados. Huellas de un sueño real y una tempestad...

BAJO LOS GRITOS DESESPERADOS
DEL VIENTO
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El joven Johnny marca el tiempo tirando los dedos. En la mesa contigua, una mujer le da a probar un pedazo de pastel a su pareja. Desde las bocinas del café, se escucha tocar a una banda de jazz, a una velocidad de ciento cuarenta negras por minuto. Frente a su laptop, el joven Johnny, de cabello largo, comienza su carrera como músico compositor de canciones de rock.

Es un gentío grande el que en esos momentos atraviesa la acera, afuera del café. El músico lo imagina aglutinados en un foro, cantando al unísono alguna de sus rolas, llevando en el alma un beso pequeño, pero digno de cantarse, de elevarse en el aire con el puño en alto.

El músico cliquea un ícono en su computadora. Se abre un pentagrama y se escriben las primeras notas. Un bajo eléctrico canta un ritmo semi latino. Se reincorpora con notas agudas luego de un acento en la tarola. La idea de que la canción será interpretada por una can-

tante de mochila en la espalda le hace pensar en el último mensaje que recibió al celular: un cuento sobre un hombre y su suéter en el que luchan a muerte, tal vez de la autoría de Julio Cortázar.

Vuelve a la canción con la monotonía de un par de pisadas lentas, de acordes que van y vienen sin mucho encanto, con el desfase de doce tiempos. El compositor está pensando en su último desencuentro amoroso; pero esta canción es sobre líquidos que, en los ojos, nos secan las lágrimas.

El músico se levanta de la mesa para caminar durante algunos minutos, piensa en cómo retomar el tema del último suspiro: con una nota sostenida en la guitarra eléctrica, en la primera cuerda, en el séptimo traste. La idea desemboca en un hechizo de notas graves que lo iluminan durante dos versos más. Vuelve a tomar asiento y aguarda a que su espalda se relaje. Entonces coloca de nueva cuenta algunas manchas negras sobre la partitura.

Y piensa en el silencio, en la calamidad del calor emitido por una estufa encendida durante el verano, y en el encuentro encubierto entre dos amantes. Los tambores de aire en la batería suenan en su imaginación: uno detrás de otro, como parches desprestigiados por tanto golpe con las batacas.

Entonces el viento golpea el rostro de Johnny y a Johnny se le secan las lágrimas. Mete un suspiro en su pecho hasta que la coraza de hierro estalla en pedazos. Johnny admite una aceleración del tiempo musical. Se desentiende del ritmo y deja que el movimiento de la música comience a obedecer un destino más incierto.

De pronto, Johnny sueña con un beso, con una sonrisa y un beso, y desfilan al instante las últimas notas de la canción: una chamarra de cuero negro y un látigo que activa un redoble en la tarola. La música de la canción se ha concluido y se asienta en un valle con rocas, bajo los gritos desesperados del viento.

detenido en el tiempo. Entonces empiezo a imaginar que me ha leído (observen el tamaño de la vanidad) y que ha decidido apersonarse. Quizás para reclamarme que le he dado un giro perverso a su paseo habitual, quizás para demostrarme que la realidad es inclemente y que somete a la ficción, que el mundo imaginado puede desplomarse de un puñetazo (pero todo esto lo estoy imaginando). Lo peor es que seguramente piensa que la perversa soy yo y que va a cumplir con la conducta que le atribuyo en el desenlace de ese cuento: la puerta de una casa se abre para conducir a la mujer que lo ha estado siguiendo obsesionada por saber quién es este sujeto tan desacomodado en el espacio.

Dicen los estudiosos que no sólo la corteza cerebral nos distingue evolutivamente de otras especies, sino dentro de ella muchas operaciones complejas como la de imaginar, que se ha tratado de descifrar en un mapeo cerebral de diversas sinapsis neuronales. Me alegro de poseer esa capacidad y compartirla con mis semejantes. De que el sentido del humor se derive de ello. Pero no sé qué haría si las arduas imaginaciones y sospecharan lo que les temo, el alcance de su poder. Tampoco sé qué hacer con respecto al hombre de las gafas, si cambiar de hora mi caminata, de veredas, de parque porque sólo de imaginar que aún así me toparé de nuevo con el personaje encarnado, me aterro. Desconozco las consecuencias de la imaginación.



Manuel Acuña

Médico y poeta, nació en la ciudad de Saltillo, Coahuila, el 27 de agosto de 1849. Vivió en una época en que la sociedad mexicana era dominada por una intelectualidad filosófico-positivista, además de una tendencia romántica en la poesía. Hijo de Francisco Acuña y Refugio Narro. Recibió de sus padres las primeras letras. Estudia posteriormente en el Colegio Josefino de la ciudad de Saltillo y alrededor de 1865 se trasladó a la México, donde ingresó en calidad de alumno interno al Colegio de San Ildefonso, donde estudia Matemáticas, Latín, Francés y Filosofía. Posteriormente, en enero de 1868 inicia sus estudios en la Escuela de Medicina. Fue un estudiante distinguido aunque inconstante. Cuando muere, en 1873 sólo había concluido el cuarto año de su carrera. En los primeros meses de sus estudios médicos vivía en un humilde cuarto del ex-convento de Santa Brígida, de donde se trasladó al cuarto número 13 de corredor bajo del segundo patio de la Escuela de Medicina, el mismo, que años antes habitara otro infortunado poeta mexicano, Juan Díaz Covarrubias.

En 1868 inició Acuña su breve carrera literaria. Dióse a conocer con una elegía a la muerte de su compañero y amigo Eduardo Alzúa. En el mismo año, impulsado por el renacimiento cultural que siguió al triunfo de la República, participó, junto con Agustín F. Cuenca y Gerardo Silva, entre otros intelectuales, fundando la Sociedad Literaria Nezahualcóyotl, en el seno de la cual dio a conocer sus primeros versos. Los trabajos presentados en la sociedad publicaron en la revista "El Anáhuac" (México 1869) y en un folletín del periódico La Iberia intitulado Ensayos literarios de la Sociedad Nezahualcóyotl. Este folleto puede considerarse como una de las obras de Acuña, ya que contiene, además de trabajos de otros escritores, once poemas y un artículo en prosa suyos.

Tenía 24 años y había probado ya la miel de la gloria el 9 de mayo de 1871... En esa fecha se estrenó "El Pasado", drama de su inspiración que recibió una buena acogida por parte del público. Además la crítica ya le había reconocido un sitio destacado como poeta. Rosario de la Peña fue la mujer que estuvo más íntimamente ligada a sus últimos años, fue el gran amor de su vida y según parece, pesó tanto en su ánimo que mucho tuvo que ver con su trágica muerte. De hecho, el atractivo de esta mujer queda reservado como uno de los misterios de la historia, pues fue ella la misma Rosario que despertó por igual la desesperada pasión de Acuña, el deseo de Flores, la senil adoración de Ramírez y el cariño devoto de Martí.

¿Qué era lo que pasaba por su mente o por su atribulado corazón aquel 6 de diciembre de 1873? Es un secreto que se llevó a la tumba luego de ingerir cianuro de potasio para cortar su existencia. Fue velado por sus amigos en la Escuela de Medicina, fue sepultado el día 10 de diciembre en el Cementerio del Campo Florido. Posteriormente sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres del Cementerio de Dolores, donde se le erigió un monumento. En octubre de 1917, el estado de Coahuila reclamó las cenizas de Acuña que, tras de haber sido honradas con una ceremonia en la Biblioteca Nacional, fueron trasladadas a Saltillo.

ad pedem literae

"La batalla más difícil la tengo todos los días conmigo mismo".

Napoleón I

Letras de buen humor

"La vocación del político de carrera es hacer de cada solución un problema."
Woody Allen

Mónica Lavín

Imaginar

Algunas veces camino en los Viveros de Coyoacán, ese oasis que le debemos a Miguel Ángel de Quevedo, además de la introducción de una especie que ataja vientos como la casuarina que plantaron en los médanos de Veracruz. El "apóstol del árbol" (me encantan los epítetos que usamos los mexicanos) y "la caminante del oasis urbano" (para estar a la altura) coincidimos en ese espacio de callejas de tierra y hojas, de tezontle y humus, flanqueadas por árboles diversos que son paraíso exclusivo de una variedad de ardillas inimaginables. No voy a esgrimir aquí los argumentos (que alguna vez molestaron a los lectores, para mi asombro un tema más sensible que los feminicidios y delincuencia urbana) que las definen como una plaga que los escasos halcones no son capaces de controlar, en ese magnífico equilibrio que logran las redes alimenticias. Simplemente comparto lo que una caminante puede producir, pues literalmente el cerebro anda a sus anchas: una reflexión provocada por el pelaje que ondula en grises o negros, por la velocidad de las uñas de los roedores trepando los árboles, por sus pisadas en la hojarasca y sobre todo por la silueta alargada del hombre de las gafas oscuras.



Me explico: voy por una de las callejas internas con nombre de planta, no sé si líquidámbar o acacias, y lo descubro a lo lejos. Lleva el mismo traje beige, el saco es largo porque él es muy alto y un tanto desajustado en su andar. El rostro lo esconde tras las gafas oscuras de siempre. Resalta en este paraje de salud física porque él va así de atildado y los zapatos son de piel, seguramente recogerán la tierra que será preciso limpiar más tarde. ¿Sale a pasear entre las horas laborales? Pero es muy temprano. ¿Por qué coincidimos a la misma hora? Mi imaginación ha comenzado a funcionar. El hombre de las gafas oscuras me lleva a pensar en aquello que distingue a nuestra especie de las ardillas.

La imaginación. Somos capaces de sospechar, ver otras cosas, idear pasados, conjeturar historias. No tendríamos visión de futuro sin imaginación. Tampoco memoria, tampoco trabajaríamos creativamente, en cualquier área.

Pero aquí el asunto de la imaginación es más grave, pues este hombre pertenece a un cuento mío que lleva por título: "El germen de las gafas oscuras". Claro que el germen de ese cuento perturbador surgió en otro parque cerca del Convento de Churubusco. Misma sensación de personaje fuera de lugar, gafas oscuras para una hora del día en que el sol no molesta, mismo traje incluso. Y sospecho que idéntico color en el tinte del pelo, pues parece